

## PARTE I.

Descripción de los cañones.

Todavía la tosca construcción de los cañones manifestaba la infancia del arte. Se ven aún en la ciudad de Baza mas de veinte piezas de artillería usadas en el sitio de aquella fortaleza en esta guerra, que han servido por mucho tiempo de columnas en la plaza del mercado. Las mas largas lombardas, como llamaban á la artillería de grueso calibre, son de unos doce piés de longitud, y se componen de barras de hierro de dos pulgadas de ancho unidas entre sí con cercos del mismo metal. Amarraban los cañones fijos á las cureñas, sin que pudiera darseles ningun movimiento horizontal ni vertical. Esta tosca y pesada construcción fué lo que movió á Machiavelo, unos treinta años despues, á dudar de la conveniencia del uso de los cañones en campaña, y á recomendar muy particularmente, en su tratado del Arte de la guerra, que se evitase el fuego del enemigo dejando claros en las filas por frente del cañon <sup>14</sup>.

De los proyectiles.

Las balas arrojadas con tales máquinas eran algunas veces de hierro, pero lo mas comunmente de piedra. En las cercanías de Baza se han recogido algunos centenares de las últimas, entre las que hay muchas que tienen catorce pulgadas de diámetro y pesan ciento setenta y cinco libras. Pero este tamaño, enorme como es, manifiesta un adelanto considerable en el arte desde principios de aquel siglo, en que las balas de piedra disparadas, segun Zurita, en el sitio de Balaguer, pesaban quinientas cincuenta libras. Trascurrió mucho tiempo antes que se lograra dar en las proporciones necesarias para producir la mayor fuerza posible <sup>15</sup>.

La torpeza con que se manejaba la artillería correspondia á lo tosco de su construcción. El cronista refiere como cosa notable que en el sitio de Albahar dos baterías dispararon ciento cuarenta balas en el discurso de un dia <sup>16</sup>. Además de esta especie comun de proyectiles,

<sup>14</sup> Machiavelli, Arte della Guerra, lib. 3.

<sup>15</sup> Memorias de la Academia de la Historia, t. vi, ilustr. 6.—Segun Gibbon, el cañon que usó Mahomet en el sitio de Constantinopla, unos treinta años antes de este tiempo, arrojaba balas de piedra de mas de 600 libras de peso. El calibre era de 12 palmos. Decadencia y

caída del Imperio Romano, capítulo 68.

<sup>16</sup> Memorias de la Academia de la Historia, t. vi, ilustr. 6.—Podemos formarnos idea mas cabal de la pesadez con que se servia la artillería en la infancia del arte, por un hecho que se refiere en la crónica de Don Juan II, á saber: que en el sitio de Setenil, año 1407, cinco lombardas solo pudieron dis-

CAP. XI.

los españoles arrojaban con sus máquinas grandes masas redondas, compuestas de ciertos ingredientes inflamables mezclados con pólvora, que segun dice un testigo ocular "derramando grandes llamaradas por el aire, llenaban de espanto á los espectadores, y cayendo sobre los tejados de los edificios causaban frecuentemente terribles incendios <sup>17</sup>."

El transporte de aquellas pesadas máquinas no era la menor dificultad que los españoles tenían que vencer en esta guerra. Los fuertes de los moros estaban por lo comun metidos en el centro de algun laberinto de montañas, por cuyos escabrosos pasos difícilmente podian andar las caballerías. Para acudir á este inconveniente se empleaba de continuo un cuerpo inmenso de zapadores en construir caminos para la artillería por las sierras, allanando los montes, llenando los hondos con piedras ó con troncos de robles ó de otros árboles que se crian en abundancia en aquellas montañas, y echando puentes sobre los arroyos y barraneos. Pulgar tuvo la curiosidad de examinar uno de los caminos construidos de esta manera para ir al sitio de Cambil, el cual ofrecia tantas dificultades, que aunque trabajaban en él constantemente seis mil zapadores no se adelantaba mas de tres leguas en doce dias. Dice el historiador que era preciso allanar enteramente una de las partes mas ásperas de la sierra, lo que nadie hubiera creído se pudiese hacer por obra de los hombres <sup>18</sup>.

Las guarniciones moriscas, atrincheradas en sus fuertes de las montañas, que como nidos de aves de rapiña parecian casi inaccesibles al

Caminos para la artillería.

Medios de defensa de los moros.

parar cuarenta tiros en el discurso de un dia. Hemos presenciado una invención en nuestros dias, que es la de nuestro ingenioso compatriota Jacobo Perkins, por la cual un cañon, con el auxilio del agente milagroso del vapor, puede tirar mil balas en un solo minuto.

<sup>17</sup> L. Marineo, Cosas memorables, fol. 174.—Pulgar, Reyes Católicos, cap.

44.

Algunos escritores, como L'Abbé Mignot (Histoire des Rois Catoliques Ferdinand et Isabelle (Paris, 1766, t. 1,

p. 273) han puesto el origen de las bombas en el sitio de Ronda. No hallo autoridad en que apoyarlo. Las palabras de Pulgar son: "Hicieron muchas balas de hierro, grandes y pequeñas, algunas de las cuales las vaciaban en molde, habiendo reducido el hierro á estado de fusion, en que corria como cualquier otro metal."

<sup>18</sup> Pulgar, Reyes Católicos, capítulo 51.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 82.



PARTE I. hombre, vieron con asombro los pesados trenes de artillería caminando por unos parajes en donde apenas se habían atrevido á esponerse las plantas de algun cazador. Los muros que cercaban los pueblos, aunque altos, no eran bastante fuertes para resistir por mucho tiempo los tiros de aquellas máquinas formidables. Los moros por su parte carecian de artillería gruesa. Las armas en que fiaban principalmente, para atacar de lejos al enemigo, consistian en el arcabuz y el arco: del último eran tiradores certeros, porque se ejercitaban en ello desde la niñez. Tenian la costumbre, que rara vez se ha visto entre naciones civilizadas, ora de tiempos antiguos ó modernos, de envenenar las saetas, destilando al efecto el jugo del acónito, que lo hay abundante en Sierra Nevada cerca de Granada. Envolvian la punta de la flecha con un trapo de hilo ó algodón empapado en aquel líquido, y era seguro que la herida que causase, por mas leve que pareciera, habia de ser mortal. Un escritor español atribuye tanta malignidad á aquel jugo, que no solo dice que producía este efecto, sino que asegura que una gota de él mezclada con la sangre que saliera de una herida subiría por la vena y derramaría su fatal veneno en todo el cuerpo <sup>19</sup>.

Capitulaciones que se otorgaban a los vencidos. Fernando que mandó siempre en persona sus ejércitos en toda esta guerra, siguió una política prudente con las ciudades sitiadas. Estaba dispuesto á condescender con las primeras proposiciones de rendición de la manera mas generosa, obligándose á proteger las personas y los bienes que los sitiados se pudieran llevar, y señalándoles puntos de residencia en sus dominios si preferían irse á ellos. En consecuencia de esto muchos se fueron á Sevilla y á otras ciudades de Andalucía, en donde se establecieron comprando fincas de las confiscadas por los inquisidores, los cuales esperarían sin duda con gozo el tiempo en que podrian meter su hoz en la nueva cosecha de herejía, cuyas semillas se sembraban sobre las cenizas de la antigua. A los que prefirieron quedarse como súbditos de Castilla en el territorio morisco conquistado, se les permitió el libre goce de los derechos

<sup>19</sup> Mendoza, Guerra de Granada (Valencia 1776), pp. 73, 74.—Zurita, Anales, t. iv, lib. 20, cap. 59.—Memorias de la Acad. de la Hist., t. vi, p. 168. Segun Mendoza, un cocimiento de membrillo daba el antídoto mas eficaz contra este veneno.

personales y de los bienes, así como la observancia de su religion; y fué tal la fidelidad con que Fernando cumplió sus promesas durante la guerra, castigando en sus súbditos la menor infracción de ellas, que muchos y en particular los labriegos prefirieron permanecer en sus antiguas moradas á trasladarse á Granada ó á otras plazas de los dominios musulmanes. Y para complemento del mismo plan de política, castigaba Fernando cualquier intento de rebelion de parte de sus nuevos súbditos moriscos, ó mudejares, como los llamaban, con un desapiadado rigor que merece la nota de crueldad. Tal fué el castigo militar impuesto á la villa rebelada de Benemaquez, en donde mandó colgar de las murallas á ciento y diez de los principales habitantes, y despues de condenar al resto de la poblacion, hombres, mujeres y niños, á la esclavitud, hizo arrasar la villa hasta los cimientos. La política humana que Fernando seguía ordinariamente parece que producía mejores efectos en sus enemigos, los cuales se exasperaron, lejos de intimidarse, por este feroz acto de venganza <sup>20</sup>.

La grandeza de los demas preparativos era correspondiente á los que se hacían en el ramo de la artillería. Hallamos que las fuerzas reunidas en Córdoba ascendían, segun los diversos cálculos, á diez ó doce mil caballos, y á veinte mil y hasta cuarenta mil infantes, sin contar los forrajeadores. En cierta ocasion se calculó el número total de los hombres, incluso los destinados al servicio de la artillería y los que seguían el campamento, en ochenta mil. El mismo número de acémilas se empleaba en trasportar las vituallas necesarias para este inmenso ejército, y para abastecer las ciudades conquistadas que se hallaban en medio de un país agotado. La reina, que tomó bajo su especial vigilancia este último ramo, seguía la línea de la frontera, situándose en los puntos mas inmediatos al teatro de las operaciones. En ellos recibía á cada momento noticias de la guerra por medio de correos debidamente organizados. Al mismo tiempo enviaba las provisiones necesarias para las tropas, por convoyes escoltados con fuer-

<sup>20</sup> Abarca, Reyes de Aragon, tomo II, fol. 304.—Lebrija, Rer. Gest. Decades, 2, lib. 4, cap. 2.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 76.—Mármol, Rebelion de Moriscos, lib. 1, cap. 12. Pulgar, que por ningun título puede

tenerse por supersticioso para su tiempo, piensa que las generosas condiciones concedidas por Fernando á los enemigos de la fe merecen perpetua alabanza. V. Reyes Católicos, en el cap. 44 y en otros varios parajes.



PARTE I. zas suficientes para asegurar su marcha contra las sorpresas de sus astutos enemigos <sup>21</sup>.

Cuidado de Isabel por las tropas.

Isabel, siempre cuidadosa de todo lo que tocaba al bienestar de sus súbditos, visitaba algunas veces en persona el campamento, y animaba á los soldados á sufrir las fatigas de la guerra, acudiendo á sus necesidades con abundantes donativos de vestuario y dinero. Mandó tambien que hubiera siempre reservada una porcion de tiendas espaciosas para los enfermos y heridos, á que se dió el nombre de *hospital de la Reina*, y las proveyó á su costa particular de los asistentes y medicamentos que se necesitaban. Esta medida se tiene por el ejemplo mas antiguo de un ensayo de hospital regular de campaña <sup>22</sup>.

Su constancia en la guerra.

Isabel puede considerarse como el alma de esta guerra. La emprendió con las miras mas elevadas, y no tanto por adquirir territorio como para restablecer el imperio de la cruz sobre los antiguos dominios de la cristiandad. A este punto concentró todas las fuerzas de su enérgico espíritu, no separándose nunca por ningun interes subalterno de tan grande y glorioso objeto. Cuando en 1484 quiso el rey suspender por algun tiempo la guerra de Granada para ir á sostener sus derechos sobre el Rosellon contra los franceses, despues de la muerte de Luis XI, Isabel se opuso con entereza, y habiendo sido ineficaces sus razones, dejó á su marido en Aragon; y se volvió á Córdoba, en donde puso al cardenal de España á la cabeza del ejército, y se preparó á entrar en campaña con la fuerza y vigor acostumbrado. Allí sin embargo se le juntó luego Fernando, que con mejor acuerdo tuvo por prudente dejar para mas adelante su proyectada empresa.

En otra ocasion, por el mismo año, como los nobles fatigados con el servicio hubieran persuadido al rey á retirarse mas pronto de lo acostumbrado, la reina disgustada de esta conducta escribió una carta á su marido, en que despues de hacerle presente que no correspondian los resultados á los preparativos, le rogaba que no abandonase el campo en tanto que la estacion lo permitiera. Sentidos los grandes, dice Lebrija, de que les escediera una mujer en celo por la guer-

<sup>21</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 75.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 21, 33, 42.—Lebrija, *Rer. Gest. Decades*, 2, lib. 8, cap. 6.—Mármol, *Rebe-*

lion de Moriscos, libro 1, capítulo 13. <sup>22</sup> Memorias de la Academia de la Historia, t. vi, ilustracion 6.

ra Santa, reunieron al momento sus huestes, que habian principiado á despedir, y volvieron á cruzar la frontera, para renovar las hostilidades <sup>23</sup>.

Lo que habia frustrado con mucha frecuencia las mas grandiosas empresas militares en los reinados anteriores, eran las rivalidades de aquellos poderosos vasallos, que no dependiendo unos de otros, ni casi de la corona, pocas veces podian ser traídos á obrar de concierto por mucho tiempo y levantaban el campo por el mas leve disgusto personal. Fernando esperimentó algo de esto en el duque de Medinaceli, quien, habiéndole dado orden para destacar un cuerpo de sus tropas en apoyo del conde de Benavente, se negó á ello contestando al mensajero: "decid á vuestro señor que yo he venido á servirle á la cabeza de las tropas de mi casa, y que éstas no van á ninguna parte sin que vaya yo por su gefe." Los reyes manejaron aquel orgulloso espíritu con la mayor habilidad, y en lugar de reprimirle procuraron dirigirle por el camino de una honorífica emulacion. La reina, que como soberana hereditaria recibia de sus súbditos castellanos mayor deferencia y homenaje que Fernando, escribia frecuentemente á los nobles que estaban en campaña, á unos alabándoles sus hechos, y á otros menos afortunados sus buenas intenciones, ganando así el afecto de todos, como dice el cronista, y estimulándolos á acometer acciones heroicas. Daba liberalmente á los que mas lo merecian aquellos honores que cuestan poco á los soberanos, pero que son muy agradables para los súbditos. El marqués de Cádiz que se distinguia sobre todos los demas capitanes en esta guerra por su prudencia y conducta, fué recompensado despues de su brillante sorpresa de Alhama con la merced de aquella ciudad y con los títulos de marqués de Alhama y duque de Cádiz. Este guerrero no quiso sin embargo dejar su antiguo título, bajo el cual habia ganado sus laureles, y en adelante se firmó siempre "el marqués duque de Cádiz <sup>24</sup>." Aun mas distinguidos hono-

Política seguida con los nobles.

<sup>23</sup> Lebrija, *Rer. Gest. Decades*, 2, lib. 3, cap. 6.—Pulgar, *Reyes Católicos*, cap. 31.

<sup>24</sup> Despues de otra hazaña arriesgada, le concedieron los reyes á él y á sus herederos el vestido real que llevaran

los monarcas de Castilla el dia de la Anunciacion de Nuestra Señora; regalo, dice Abarca, que no se debe estimar por su coste. *Reyes de Aragon*, t. II, fol. 303.



PARTE I. res se concedieron al conde de Cabra despues de haber hecho prisionero al rey de Granada. Cuando se presentó aquel caballero á los reyes que estaban en Vitoria, el clero y los nobles de la ciudad salieron á recibirle, y entró en solemne triunfo á la derecha del Gran Cardenal de España. Habiendo llegado á la sala de audiencia del real palacio, el rey y la reina se adelantaron á darle la bienvenida, y aquel dia le tuvieron en la mesa á su lado, diciéndole que el conquistador de reyes debía sentarse á la mesa de los reyes. A estos honores se siguió la merced mas positiva de "cien mil maravedises de renta anual:" "suntuoso donativo, dice un antiguo cronista, para un tesoro tan pobre." El jóven alcaide de los donceles espermentó igual recibimiento al dia siguiente. Estos actos de la bondad real eran sobremanera agradables á la nobleza de una corte en donde se observaba mas que en ninguna otra de Europa una etiqueta magnífica y ceremoniosa <sup>25</sup>.

Con la continuacion de la guerra de Granada llegó á ponerse la milicia de todo el reino casi en el estado de tropas regladas. Verdad es que ya desde el principio de la guerra muchos de sus cuerpos podian pretender este honor: tales eran los que daban las ciudades de Andalucía, acostumbrados desde antiguo á continuos combates con los moros vecinos: tal era tambien la disciplinada caballería de las órdenes militares, y la milicia organizada de la hermandad, que daba algunas veces un cuerpo de diez mil hombres dispuestos para el servicio de campaña. A estos puede añadirse la brillante reunion de caballeros é hidalgos que iban en las comitivas de los reyes y de los nobles principales. Acompañaba al rey en la guerra un cuerpo de guardia de mil caballeros, la mitad armados á la ligera, y la otra mitad de caballería pesada, todos soberbiamente equipados y montados, é instruidos en el manejo de las armas desde la niñez á la vista de los reyes.

Gentes de que se componia el ejército.

Aunque las cargas de la guerra pesaban muy principalmente sobre Andalucía, por su proximidad al teatro de las operaciones, sin embargo se sacaba gente en abundancia de las provincias mas remotas,

<sup>25</sup> Abarca, Reyes de Aragon, ubi supra.—Pedro Mártir, Opus Epist., lib. 1, epist. 41.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 68.—Zurita, Anales, t. iv, cap. 58.

como de Galicia, Vizcaya, Asturias, Aragon, y aun de los dominios ultramarinos de Sicilia. Tampoco se desdeñaron los reyes de aumentar sus filas con levadas de mas humilde esfera, prometiendo completo perdon á los malhechores que huyendo de la justicia habian abandonado el país en gran número en los últimos años, con condicion de servir en la guerra contra los moros. Y en todo este ejército compuesto de tan varias gentes se observaba la mas rigurosa disciplina y orden. Los españoles no han sido inclinados nunca á la intemperancia; pero la aficion al juego, y en especial al de los dados, á que parece se entregaban con exceso en aquel tiempo, se reprimió con las penas mas severas <sup>26</sup>.

Los brillantes triunfos de los reyes de España derramaron general satisfaccion en toda la cristiandad, y acudian á su campo voluntarios de Francia, Inglaterra y otros países de Europa, ansiosos de tener parte en las victorias de la cruz. Entre ellos hubo un cuerpo de suizos mercenarios, que Pulgar describe en estos sencillos términos: "Aquí se juntó al estandarte real un cuerpo de gente de Suiza, país de la alta Alemania: estos hombres eran de animoso corazon, y peleaban á pié: como estaban resueltos á no volver nunca la espalda al enemigo, no llevaban armadura defensiva mas que por delante, con lo cual se veian menos embarazados en la pelea: hacian tráfico de la guerra, alquilándose como mercenarios; pero solo se comprometian por causas justas, porque eran buenos y verdaderos cristianos, y aborrecian el robo sobre todas las cosas como un gran pecado <sup>27</sup>." Los suizos acababan de adquirir gran fama militar por la derrota de Carlos el Atrevido, en que probaron por primera vez la superioridad de la infantería sobre la mejor caballería de Europa. Su ejemplo contribuyó indudablemente á la formacion de aquella invencible infantería española, que á las órdenes del Gran Capitan y de sus sucesores puede decirse que tuvo en sus manos la suerte de Europa por mas de medio siglo.

Mercenarios suizos.

Entre los extranjeros hubo uno de la remota isla de Bretaña, el conde de Rivers ó de Escalas, como le llaman los escritores españoles, de su nombre patronímico Scales. "Vino de Bretaña, dice Pedro

El señor inglés de Scales.

<sup>26</sup> Pulgar, Reyes Católicos, capitulo 10, Decades, 2, libro 2, capitulo 10. los 31, 67, 69.—Lebrija, Rerum Gestarum, Decades, 2, libro 2, capitulo 10. <sup>27</sup> Reyes Católicos, cap. 21.



## PARTE I.

Mártir, un caballero joven, rico y de alta clase; estaba enlazado con la sangre real de Inglaterra; le acompañaba un brillante séquito de tropas de su casa, que llegaban á trescientos, armados á la manera de su tierra, con arcos largos y hachas." Este caballero se distinguió particularmente por su valor en el segundo sitio de Loja en 1486. Habiendo pedido licencia para pelear á la manera de su país, dice un cronista andaluz, se apeó del caballo, y poniéndose á la cabeza de su gente, armada, lo mismo que él, de punta en blanco, con las espadas al costado y las hachas en las manos, descargó tan terribles golpes que llenó de admiración aun á los robustos montañeses del Norte. Desgraciadamente, tomados los arrabales, aquel buen caballero al subir por una escala fué herido de una piedra que se le llevó dos dientes, derribándole al suelo sin sentido.

Le llevaron á su tienda, en donde estuvo curándose algun tiempo, y cuando se halló algun tanto restablecido pasaron los reyes á visitarle, y cumplimentándole por su valor, y manifestándole lo mucho que sentían su desgracia, "poca cosa es, contestó el caballero, perder algunos dientes en el servicio de Dios que me los ha dado todos: nuestro Señor, añadió, que hizo esta fábrica, no ha hecho mas que abrir una ventana para ver mejor lo que pasa dentro:" donosa respuesta, dice Pedro Mártir, que agradó mucho á los reyes<sup>28</sup>.

Atenciones que le dispensó la reina.

Poco despues la reina manifestó su agradecimiento á los servicios del conde, haciéndole un magnífico regalo, compuesto, entre otras cosas, de doce caballos andaluces, dos camas con colgaduras y cobertores de tisú de oro ricamente labrado, y una porcion de lienzos finos y magníficos pabellones para él y su comitiva. Aquel valeroso caballero parece que con la prueba referida quedó satisfecho de las guerras contra los moros, porque poco despues se volvió á Inglaterra, y en 1488 pasó á Francia, en donde su ardoroso corazon le llevó á tomar parte en las facciones feudales de este país, en cuyas contiendas perdió la vida peleando por el duque de Bretaña<sup>29</sup>.

Magnificencia de los nobles.

La ostentación con que se hacían las expediciones militares en estas campañas, daba á aquellos reales el aspecto de una magnífica corte,

<sup>28</sup> Pedro Martir, Opus Epist., lib. 1, epist. 62.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 78.

<sup>29</sup> Guillermo de Jaligny, Hist. de Charles VIII (Paris, 1617, páginas 90, 94).

## CAP. XI.

mas bien que de cuerpos de gente de armas. Esta guerra, que se hacia á nombre de la religion y del patriotismo, era muy á propósito para exaltar la imaginación de los jóvenes caballeros españoles, los cuales acudían á campaña deseosos de ofrecerse á la vista de su ilustre reina, que cuando recorría las filas sobre su corcel, armada de cota de malla, parecia una personificación del genio de la caballería. Los poderosos y ricos grandes ostentaban en el real toda la magnificencia de verdaderos príncipes. Las tiendas, adornadas con pabellones de varios colores, y con los escudos de armas de sus antiguas casas, ofrecían una vista hermosa que un escritor castellano compara á la de la ciudad de Sevilla<sup>30</sup>. Se presentaban siempre rodeados de una infinidad de pajes vestidos con lujosas libreas, y por la noche iban precedidos de una multitud de hachas que derramaban tanta luz que en el campo parecia de dia. Rivalizaban entre sí en la riqueza de sus trajes y arreos, en el servicio de las mesas, y en la variedad y delicadeza de los manjares de que éstas se cubrían<sup>31</sup>.

Fernando é Isabel veían con disgusto esta profusión, y se quejaban en particular con algunos de los principales grandes de los malos efectos que podría producir, especialmente escitando á la nobleza inferior y pobre á hacer gastos superiores á sus facultades. Parece, sin embargo, que aquel regalo sibarítico no disminuía el espíritu marcial de los nobles. En todos los casos se disputaban el puesto de mayor peligro. El duque del Infantado, cabeza de la poderosa casa de los Mendozas, se distinguía sobre todos por la magnificencia de su boato. En el sitio de Illora, en 1486, obtuvo permiso para dirigir el cuerpo de asalto, y cuando sus gentes iban á entrar por la brecha, fueron recibidas con tal lluvia de proyectiles que se detuvieron un instante. "Qué, les dijo el duque, ¿me habeis de faltar en esta hora? ¿nos han de decir que llevamos mas lujo en nuestras personas que esfuerzo en el corazon? Cuidad no nos digan que solo somos soldados de dia de fiesta." Sus vasallos, estimulados de este modo, se rehicieron, y penetrando por la brecha tomaron la plaza con brioso asalto<sup>32</sup>.

Valor de los nobles.

<sup>30</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 75.—Esta ciudad, aun antes de que

el nuevo mundo hubiera derramado sus tesoros sobre ella, era notable por su magnificencia, como lo testifica un anti-

guo proverbio. Zúñiga, Anales de Sevilla, página 183.

<sup>31</sup> Pulgar, Reyes Católicos, capítulo 41.

<sup>32</sup> Pulgar, Reyes Católicos, capítulo